

miento y nos las ofrece en colisión que sorprende y nos deja perplejos, hasta que el agua llovida clarifica el ambiente, nos serena el espíritu y empezamos a percibir el hedor grato de la tierra empapada y del repudrir de todas las germinaciones y vemos asomar el brote pujante de la nueva vida, tal vez disforme, con deformidades embrionarias, de incompleto desarrollo, tendentes a lo teratológico, por natural inmadurez cultural del autor, que no brota espontáneamente sino con el esfuerzo de cada día y aunque en los casos señalados del genio, el sentimiento intuye los detalles últimos de las cosas, incluso los ignorados en su época, como pasa con Velázquez, con Goya o el Greco o con el genio de la raza en el caso de los apodos que calan hasta lo más hondo de la constitución biológica, sin embargo lo deseable es que se esté al tanto de lo del tiempo de cada uno y que la deformidad esté en armonía con su motivación, como lo está en los bufones, los enanos, los reyes decadentes, los caprichos y los santos de los autores clásicos citados y en el mismo Solana y en Zuloaga que tal vez se olvidan o no son observados con la atención debida por los pocos que

nos los recuerdan, pues las tendencias son de arrinconamiento absoluto y predominio de los "quintaesencialistas", perseguidores de lo abstracto, deshumanizado, sobrehumano o inhumano.

La capacidad creadora de Herreros se manifiesta en la sensualidad de sus cuadros. Posee un erotismo de célibe, de ascua inaparente, soterrada entre la ceniza que al acercar la mano caliente siempre y con poco que se escarbe sobresale.

Pinta un madero con cuerpo de mujer, le pone unos pies diformes que cubre casi totalmente con pantalones de payaso, de campanas de marinero y tapa la figura con un capisayo o túnica monjil. De los brazos escualidos arrancan unas manos enormes, cuadradas, como hechas con tarugos, irreales, --¿superrealismo?-- en actitud orante. Pues bien, del torax enjuto sobresalen unos senos insospechadamente sensuales que resultan acentuados en su matiz por otra figura gemela que le sigue y lo único que nos muestra es una mayor turgencia mamilar, el perfil

de la cara y una mano menos megálica que las de la anterior. En el ejido del caserío pastan dos équidos; la hembra come y el macho lanza al espacio un gran relincho que estremece el cuadro de convulsiones conceptuales, mientras una tercera figura, mórbida y medieval, arrodillada ante un poyete de yeso a guisa de hornacina, semioculta, nos deja ver un gesto y una mirada de profunda abstracción.



Herreros: Gañán